

deberá fortalecer el sistema electoral estadounidense para evitar que otros países intervengan en su democracia.

La interferencia extranjera en las elecciones es un problema global y, desafortunadamente, otros países han imitado las acciones de Rusia después de ver los efectos que tuvieron en Estados Unidos. Si las

naciones no pueden proteger efectivamente sus elecciones de la intervención de otros países, el alma de la democracia está en riesgo. —

Traducción del inglés de Karla Sánchez.

FRANKLIN FOER es colaborador de *The Atlantic* y autor de *World without mind: The existential threat of big tech* (Penguin Press, 2017).



Fotografía: Michal Urbaniak

Racismo: una deuda pendiente

CANDIS WATTS SMITH

A sesenta años del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos parecería que han cambiado muchas cosas. Ahora contamos con la Ley de Derechos Civiles, promulgada en 1964, y la Ley de Derecho de Voto, de 1965, que declaran ilegal la discriminación racial en el voto, la vivienda y los espacios públicos, como las escuelas. Además, más afroamericanos están votando y participando en la política en todos los niveles. Sin embargo, es importante recordar que aún faltan cambios por hacer y que por eso en pleno siglo XXI hay un movimiento Black Lives Matter. A pesar del transcurso de los años, algunas cosas son extrañamente similares:

segregación en el acceso a viviendas, segregación en las escuelas, violencia policial. Estos son los legados de políticas públicas que han dejado fuera las demandas de la comunidad afroamericana.

La democracia solo funciona si todos los que se supone que tienen algo que decir cuentan con un espacio para ello. Entonces, cuando miramos hacia atrás y vemos que quienes legislan son hombres blancos, nos damos cuenta ahora de cuán moralmente sospechoso y cuán antidemocrático era el sistema. En cierta manera, la presencia en la política estadounidense de afroamericanos, personas de color, mujeres y otros

grupos históricamente marginados nos muestra que vamos en camino a la dirección correcta. Ellos traen a colación problemas, reglas y leyes que consideran una gama más amplia del bienestar de la ciudadanía, y así es como luce una verdadera democracia.

La nominación de Kamala Harris a la vicepresidencia de Estados Unidos es significativa por dos razones. En primer lugar, simbólicamente, ella representa mucho. Su presencia habla a varios e importantes sectores demográficos: mujeres, afroamericanos, indios, jamaquinos, inmigrantes, y sus hijos. Debido a que el racismo y la desigualdad son asuntos clave en la política estadounidense, su presencia significa mucho en la lucha por acabar con estos problemas. En segundo lugar, y creo que más importante, su nominación es resultado del trabajo arduo que las mujeres negras hacen por y para el Partido Demócrata. Ellas son el grupo más leal en cualquier partido político. Van a votar, llevan a sus familias a los centros electorales y durante años han exigido ser reconocidas.

En las próximas elecciones, todos los grupos raciales van a importar. Pero los afroamericanos representan un sector importante para el Partido Demócrata y su participación puede hacer una gran diferencia en la elección presidencial, en el Senado y a nivel local. Así como las mujeres fueron fundamentales en la elección de Doug Jones como senador de Alabama, en 2017, donde hicieron posible lo imposible, el apoyo de los hombres fue crucial en las presidencias de Obama y en conseguir la candidatura de Biden. Pero también pueden ser *swing voters*. No sabemos si van a votar por los demócratas o preferirán quedarse en sus casas. Sin embargo, cuando optan por la segunda opción, los efectos en los resultados son evidentes. En 2016, Hillary Clinton perdió el Colegio

Electoral por alrededor de 107 mil votos en Pensilvania, Míchigan y Wisconsin. En Pensilvania, Trump ganó por 68 mil votos, en Míchigan por casi 12 mil y en Wisconsin por 27 mil. Si tan solo más personas hubieran acudido a las urnas ese día, los resultados de la elección habrían sido otros. Cada voto cuenta. Y unos cuantos pueden hacer una gran diferencia.

El movimiento Black Lives Matter muestra que la deuda histórica con la comunidad afroamericana no ha sido saldada. Después de los asesinatos de George Floyd, Breonna Taylor y Ahmaud Arbery estamos viendo a más personas interesadas en remediar lo que durante años los afroamericanos habíamos denunciado. Algunas de las demandas son eliminar las tácticas policiales agresivas, que la policía reciba más y mejor entrenamiento y tener un sistema judicial más transparente y justo. ¿Estamos en el camino a un mejor Estados Unidos? Si bien este tipo de cambios son necesarios, son solo parte de una serie de pasos pequeños que nos pueden llevar a un mejor país. Es importante que la ciudadanía vea también los asuntos de racismo sistémico que no se pueden grabar con la cámara del celular, es decir, la desigualdad en el presupuesto de las escuelas, la falta de viviendas dignas, la accesibilidad a servicios médicos, mejores leyes laborales, asuntos de justicia ambiental, como la mala calidad del agua y del aire. Necesitamos cambios importantes en casi todos los ámbitos para reducir las desigualdades. —

Traducción del inglés de Karla Sánchez.

CANDIS WATTS SMITH es profesora asociada de ciencias políticas y estudios afroamericanos en la Universidad Estatal de Pensilvania. Su libro más reciente es *Racial stasis: The millennial generation and the stagnation of racial attitudes in American politics* (University of Chicago Press, 2020).

¿Una economía robusta es suficiente para la reelección?

JORGE SUÁREZ-VÉLEZ

La presidencia de Donald Trump ha polarizado severamente a los estadounidenses. Pero el robusto desempeño de la economía, sea o no atribuible a él, le ha dado un respiro.

Hasta antes de la pandemia, la economía estadounidense venía del periodo más largo de expansión en su historia. Creció de manera ininterrumpida por ciento veintiocho meses consecutivos. Aun cuando la recuperación económica después de la Gran Recesión de 2008 se encuentra entre las más débiles en la historia (el PIB creció 2.3% en promedio anual durante el segundo mandato de Obama y 2.4% en el de Trump, hasta antes de que llegara la covid-19) bastó para alcanzar la menor tasa de desempleo desde 1969: 3.5%.

En materia económica, la reacción del gobierno estadounidense al brutal daño provocado por la pandemia ha sido sustancialmente mejor que su fallida respuesta en materia sanitaria. El mérito es atribuible a los acuerdos alcanzados por ambos partidos en el legislativo y a la acción de la Reserva Federal. Esto permitió que simultáneamente se desplegaran abundantes recursos fiscales y monetarios. En lo fiscal se implementaron programas que tenían como objetivo compensar la pérdida de ingreso para quienes se quedaron sin empleo, o para aquellos que tuvieron que permanecer en casa por la cuarentena. Se inyectaron cuantiosos recursos para evitar que la crisis de liquidez de las empresas y pequeños negocios —provocada por una economía forzada a detenerse en seco— se convirtiera en una crisis de solvencia. La finalidad es lograr que, pasada la pandemia, haya una base suficiente

de entidades viables que provean empleos conforme la situación se normalice.

En lo monetario, la Reserva Federal inyectó más de tres billones de dólares de liquidez entre el final de febrero y mediados de junio, un monto equivalente a 14% del PIB, algo sin precedente. Las tasas de interés se redujeron a mínimos históricos, como resultado de la determinante acción del banco central. Como consecuencia de todo lo anterior, la tasa de desempleo que llegó a 14.7% en el mes de abril, para el mes de agosto se había recuperado a 8.4%.

Hacia adelante el panorama es más incierto. La economía ha hecho lo que se podría esperar después de una inyección de adrenalina de tal magnitud. Ahora veremos cuánto del daño provocado por la pandemia fue temporal y cuánto será permanente. La crisis del coronavirus aceleró la digitalización de las transacciones financieras, las compras en línea, la robotización de las manufacturas, etcétera. Pero también ha provocado pérdidas sin precedente en industrias que emplean a un gran número de estadounidenses —hoteles, restaurantes, transporte, entretenimiento— y que difícilmente podrán empezar un proceso de recuperación mientras no se haya inoculado a una porción importante de la población con una vacuna que aún está en desarrollo.

Los retos para el próximo presidente serán directamente proporcionales al tiempo que tome que la economía estadounidense recupere niveles normales de actividad. A pesar de la ayuda gubernamental, muchos pequeños negocios